

COLABORACIONES ESTUDIANTILES

En esta sección de nuestra Revista, que la inauguramos en el presente número, acogeremos y publicaremos los ensayos y trabajos más representativos e importantes de los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central.

En el presente caso, nos es grato publicar el trabajo del señor Alfredo Roldán, alumno del Quinto Curso de la Escuela de Economía.

Estado actual de la Industria en el Ecuador y sus posibilidades para el futuro

I.—ESTADO ACTUAL

Dada la escasez de información estadística no es posible abundar en datos concretos relativos a la actual situación de la industria ecuatoriana. Las fuentes codificadas disponibles son: el Informe de la Cepal, que por un lado ya carece de actualidad y por otro es acusado de adolecer de errores aún para la época a la que hace referencia; los Informes Anuales de la Junta de Planificación (dada la corta vida de esta entidad hasta ahora sólo ha presentado dos de tales informes), demasiado sucintos, quizá también porque para su formulación carecía de datos suficientes; las Memorias, asimismo anuales, del Banco Central del Ecuador, que a igual que los Informes de la Junta, revelan la eficiencia de su personal técnico pero la insuficiencia de datos referentes al sector industrial de nuestra economía; los Informes también anuales del Ministerio de Economía.

Según el último Informe presentado por la Junta de Planificación, en 1954 el sector industrial contribuyó con un módico 16,2% al PNB tras haber incrementado su participación en un 26,4% con respecto a la cifra de 1950. Con respecto al

ingreso nacional, y de acuerdo con la última Memoria del Banco Central, la participación del sector industrial fué del 16.2% en 1950, del 16.7 % en 1954 y del 19 % en 1955.

Parece que la participación del sector industrial en el PNB o en el IN va creciendo más rápidamente que éstos, pero aún así su significación absoluta es todavía sumamente pequeña.

En cuanto a la población, según el Informe de la Cepal, en 1946 apenas un 5% de la activa habría estado ocupada en manufacturas. El Informe de la Junta de Planificación asigna en 1950 un 23.8 % de la misma población activa al sector industrial; pero parece exagerada esta cifra y la misma Junta declara en su referido Informe que se halla abultada no sólo con la población artesanal sino aún con la que tiene ocupaciones mixtas: agrícolas y artesanales, como ocurre en Guano, p. e., en donde los tejedores de alfombras cultivan sus propias parcelas, a igual que los tejedores de sombreros de paja en el Azuay e Imbabura, los tejedores de casimires en la misma provincia de Imbabura, etc. No puede ser de otro modo, pues repugna creer que en 1950 un 23.8% de la población activa esté contribuyendo en el sector industrial sólo con un 15.9% al PNB o con un 16.2% al IN, mientras que el sector agrícola, de medio menos productivo con el 49.4 de la población activa (desde luego incluyendo en esta cifra la gente que se ocupa de selvicultura, caza y pesca) aportaría más de un 50% al PNB. Valga la oportunidad para aclarar que aislar el sector estrictamente industrial del artesanal, y aún del mixto, como queda indicado, es sumamente difícil; de todos modos las cifras correspondientes al sector así estrictamente industrial se desinflaría: substancialmente en cuanto a población ocupada y levemente en cuanto a participación en el PNB o IN dada la mucho mayor productividad de la industria propiamente dicha que de la artesanía.

No es pues difícil presumir que el país se halla dando los primeros pasos de su industrialización, y esta presunción es confirmada por los tipos de industrias instaladas en el Ecuador: las más extendidas son las de alimentos y tejidos, productoras de bienes de consumo inmediato. Según el Informe de la Junta, la

primera (incluyendo bebidas y tabaco) representaría el 31.8% de la producción industrial total y la segunda el 9.5%; o sea que en dos renglones correspondientes ambos a la categoría de industrias primarias, elaboradoras de materias primas, estaría casi el 50% de la producción industrial ecuatoriana. Con otro rubro de industria primaria, por añadidura de tipo esencialmente artesanal entre nosotros, la de madera y muebles, que representa un 12.3% del total, se depasa ampliamente ese 50%. La industria del vestido (inclusive del calzado), de tipo secundario en el sentido de que trabaja con materiales semi-elaborados como son las telas, los cueros curtidos, etc., pero igualmente productora de bienes de consumo poco durables, aportaría un 33.3%. En cambio, como industria básica sólo tendríamos la del cemento que en 1954, y ésto en unión con la del vidrio y la cerámica (la primera de éstas, desde luego, insignificante), sólo representaría un 1.9%. Es obvio que esta situación mejorará en un futuro inmediato, pues recién empieza a producir la Fábrica de Cemento Chimborazo, y hay posibilidades de que también funcionen relativamente pronto la de Guapán, en el Austro, y la de Cerro Azul en el Guayas, con la que según el Informe del Ministro de Economía, hay un contrato de protección industrial suscrito en Agosto de 1952.

La industria ecuatoriana se halla muy erradicada en pocos sitios, sobre todo urbanos: según el Informe de la Cepal, Quito absorbería el 38.3% de la población industrial y el 32.2% del capital asimismo industrial; Guayaquil el 38.9% de la población y el 46.8% del capital (la industria serrana tiende a ser menos capitalista por el bajo costo de la mano de obra). Según el Informe de la Junta, de los nuevos proyectos el 77% de inversiones planeadas corresponde a Guayaquil, el 15.4% a Cuenca, apenas el 3.2% a Quito y el resto a Riobamba, Ambato y Latacunga.

La tendencia a industrializarse que presenta Cuenca se debe a una legislación protectora de las provincias australes, legislación que, sin desconocer la importancia de compensar a estas provincias el retraso económico ocasionado por el deterioro sufrido por la industria de sombreros de paja toquilla, es an-

titécnica cuando introduce discriminaciones en el fomento industrial.

La Costa y en especial Guayaquil, con tradición más comercial que industrial, comenzó mucho más tarde que la Sierra su proceso de industrialización. A la época del Informe de la Cepal la industria guayaquileña ya estaba al mismo nivel de de ocupación de mano de obra que la quiteña y a superior nivel de ocupación de capital. Si a esto se añade que de los nuevos proyectos una mínima parte corresponde a Quito y casi las 3/4 partes a Guayaquil, se desprende que esta última ciudad se halla en un proceso de industrialización mucho más acelerado que Quito y aún que la Sierra en general. Pudiera ser que la diferencia se atenúe un poco en el futuro por las mayores facilidades que hay en la Sierra para planes de electrificación, pues mientras en esta región la energía eléctrica puede ser en su mayor parte de origen hidráulico, en la Costa en la mayor parte tiene que ser de origen térmico, mucho más costoso.

De todos modos se ve como no hay ninguna franca tendencia hacia la diseminación industrial, lo cual, como veremos después, ocasiona desajustes no sólo de carácter social, al crear problemas de urbanismo p.e., sino también estrictamente económicos en lo que a distribución de los productos y aprovisionamiento de materias primas se refiere, desalentando por ende la integración económica uniforme del país.

La industria serrana tiende a emplear materias primas nacionales, aún cuando en forma no muy marcada, pues muy frecuentemente la industria textil importa algodón, permanentemente la harinera trigo, etc.; la industria costeña tiende más marcadamente a importar materia prima extranjera, lo cual se debe a la escasez de medios de comunicación y transporte especialmente entre Costa y Sierra, pues ésta podría suministrar a aquella cebada para la industria cervecera p. e. para que no se recurra a adquirirla en Chile.

Por razones inherentes a una industria naciente, la ecuatoriana, y sobre todo la serrana, se halla orientada de una manera especial hacia el mercado interno. La industria del pila-

do del arroz fué ocasionalmente, a raíz de la guerra, de carácter exportable, pero dados los altos costos de producción en el Ecuador, no bien entraron en el mercado de aprovisionamiento los países especialmente asiáticos, el nuestro tuvo que abandonarlo. La industria azucarera muy ocasionalmente tiene excedentes exportables; es mucho más frecuente y grande la necesidad de importar: según la Memoria del Banco Central, en el último decenio a penas ha llegado a exportarse 3.908 toneladas métricas de azúcar, en tanto que en el mismo lapso se ha importado 30.412, incluyendo cifras provisionales de 1955. En cambio el Ministro de Economía en su Informe último anota que entre pasta de semilla de algodón de palma real, de semilla de ceibo y de coco (copra), durante el segundo semestre de 1955 y el primero de 1956 se ha exportado un total de 2.820 toneladas, lo que quizá abra las puertas para un tipo de industrias de exportación. Más significativo es el caso de la industria del pescado, pues mientras las importaciones, un tanto erráticas desde 1950, han fluctuado un poco por encima de 1.000 toneladas, habiendo decrecido sensiblemente en 1955 a 883, las exportaciones, con una franca tendencia alcista, han subido de 491 toneladas en 1950 a 3.439 en 1955. Otra industria que marca tendencias hacia la exportación es la químico-farmacéutica, que trabaja con materias primas extranjeras.

Aún cuando es probable que la industria ecuatoriana (y tal vez nada más que la industria) se halle organizada en forma de sociedades anónimas, la empresa, la administración y el capital se hallan en nuestro país todavía tan estrechamente vinculados que un solo capitalista controla casi toda o toda una inversión, siendo él mismo el promotor o empresario y el administrador o gerente. Por falta de mercado de capitales, la sociedad anónima apenas ha depasado la esfera puramente familiar, de modo que la financiación de una empresa no puede salir de límites muy estrechos, y su vida queda exageradamente sometida a un solo individuo. Por añadidura recaen fuertes gravámenes sobre la legalización de esta clase de sociedades anónimas, lo cual contribuye a desalentar su organización.

Por estas causas: sobre estructura del sistema de sociedades anónimas y ausencia de mercado de capitales, la industria no puede capitalizarse sino a expensas de utilidades no distribuidas. Esta reinversión, a no ser por la tendencia serrana a desvirtuarla empleándola en tierras, edificios y existencias, sería más alta en la Sierra que en la Costa, pues el porcentaje de utilidades distribuidas sobre las realizadas es más alto en el Litoral.

Los servicios bancarios abarcan por ahora un radio muy limitado: la banca privada no cubre ni siquiera las necesidades de capital circulante. Este escaso crédito bancario es absorbido en un 65% por el comercio, tocando apenas un 9.4% a la industria, según el Informe de la Cepal.

El sistema de Bancos de Fomento es prácticamente el único que puede proveer de capital fijo, pero como anota el mismo Informe de la Cepal, en virtud de la tendencia que tienen los depósitos hacia la banca privada hay necesidad de reducir los plazos que en rigor deberían ser medianos (de 1 a 5 años) y largos (superiores a 5 años). Ni siquiera el hecho de que estos bancos son los únicos que siguen la costumbre de redescantar permanentemente su cartera en el Central en un porcentaje que fluctúa al rededor del 80%, mientras que por la banca privada es más bien mal vista, permite ampliar los plazos. La reducción de los plazos redundaría en una fuerte cartera vencida (casi 1/3) que inhabilita a los deudores a obtener nuevos préstamos. En forma directa los Bancos de Fomento han ayudado a la industria casi sólo para la compra de materias primas. En forma indirecta, ayudando a la agricultura de exportación, y con ello aumentando la capacidad para importar (en la medida en que esta capacidad se traduce en importaciones de bienes de capital y de materias primas); y a la agricultura que produce para el mercado interno, aumentando su productividad y con ello el poder adquisitivo del agricultor.

Del crédito bancario total, el 26.8% en 1948, el 24.5% en 1949 y a penas el 12% en 1950 correspondió al Sistema de Bancos de Fomento; y de este 12% de 1950, tan sólo el 17.5%

a la industria. Todas estas cifras están en relación con la pequeña participación del sector industrial en la ocupación de mano de obra y capital por un lado, y en el IN o PNB por otro, así como con la escasa capacidad adquisitiva del consumidor ecuatoriano.

El ingreso per cápita fue en 1950, según el Informe de la Cepal, de más o menos \$ 100. Entre 1950 y 1955, según la Memoria del Banco Central este ingreso ha crecido sólo en 10.9%, o sea a una tasa de 2.2% anual en buena parte debida no tanto a un genuino desarrollo económico sino a que los términos del intercambio nos favorecieron hasta 1954; tan es así que cuando éstos se tornaron desfavorables, de s/. 2.127,00 a que había llegado ese ingreso en 1954, según las investigaciones del Banco Central, se redujo a s/. 2.113,00 en 1955. Estas cifras de por sí bajas revelan una situación tanto peor cuanto que la renta, como la tierra, se halla muy mal distribuída, de modo que un pequeño grupo de la población goza de rentas relativamente cuantiosas, en tanto que la gran mayoría se halla en niveles de subconsumo. Si bien es cierto que la redistribución de la renta acarrearía la disminución de la capacidad de ahorro y por consiguiente la de inversión o capitalización, pero por una parte incrementaría la propensión marginal a consumir, y con ello la demanda efectiva, y por otro alentaría la inversión económicamente productiva desalentando en cambio la de tipo especulativo en tierras, tan característica de la Sierra.

Ahora bien, el grupo de altos ingresos prefiere consumir mercaderías importadas, porque son de mejor calidad o presentación, o simplemente porque siendo extranjeras el prejuicio las favorece. El segundo grupo, el de bajos ingresos, se ve privado de una buena parte de los artículos manufacturados necesarios para su vida. Por añadidura tomemos en cuenta que el 71.5% de la población ecuatoriana (cifra de la Junta de Planificación) es rural, hallándose dedicada a actividades primarias (agricultura, selvicultura, caza y pesca) el 49.4%, más una buena parte del 11.7% que se dedica a servicios (puesto que a más de los servicios profesionales en este rubro constan los domésti-

cos de muy baja productividad) y del 4.4% que se dedica a "actividades no bien especificadas". Es probable que la casi totalidad de la población rural serrana sea agricultora, y los 875.600 campesinos serranos (cifra de la Junta) representan un 36.5% de la población total. Aún cuando en la Costa también hay cierta población que vive en niveles de subconsumo, no vamos a tomar en consideración sino a la población serrana que se halla en tal situación, y no estaremos muy alejados de la realidad si sostenemos que de la población rural-agrícola de la Sierra, la mayoría vive no sólo en niveles de subconsumo sino por añadidura en economías de subsistencia, completamente aisladas del circuito monetario. Tomemos en cuenta que según el Informe de la Cepal el 39% de la población total es indígena y no menos del 50% analfabeta: puesto que las agrupaciones que viven en dichas economías de subsistencia se halla compuesta juntamente por indígenas analfabetos es que creemos que el sector de la población que prácticamente nada compra a la industria se halla muy próximo al 36.5% correspondiente a la población rural. Todavía debemos añadir la población urbana que vive en desocupación disimulada, con productividad marginal escasamente superior a cero. La población total ascendió a 3'202.800 en 1950 según el censo de ese año. Es en estas circunstancias que vive y opera la industria ecuatoriana.

II.—POSIBILIDADES PARA EL FUTURO

En la sección anterior hemos visto a grandes rasgos cuál es la situación actual de nuestra industria, cuál la composición de la población ecuatoriana, cuáles las características del mercado. Hacer proyecciones sobre el futuro de la población, del mercado, del ritmo de capitalización es básico para estimar el desarrollo industrial que es parte del desarrollo económico; pero para ello aún no tengo herramientas suficientes.

Como creo que el problema de una industrialización debe ser abordado desde el punto de vista de los factores por un lado y del mercado por otro, comencemos nuestro análisis con:

Recursos naturales.—Cuando se trata de proyectar una nueva industria, y con mayor razón todo un programa de industrialización, hay que principiar por hacer una justa evaluación de los recursos con que se puede contar.

En el levantamiento de un inventario de los recursos con que cuenta el país, tanto geológicos como forestales, tanto ictiológicos como agrícolas, deben cooperar estrechamente el Gobierno Central, los municipios, las universidades y más centros de investigación científica, etc. Si llega a crearse el proyectado Departamento de Investigación y Promoción Industrial, sea o no como dependencia de la Junta de Planificación, a él le correspondería coordinar y sistematizar todos los estudios que se hagan en este sentido hasta poder elaborar una verdadera guía de inversiones o inventario de recursos.

En la actualidad muy poco es lo que se ha hecho en este terreno y uno de los primeros obstáculos que se oponen al desarrollo industrial del país es la falta de datos; un inversionista forzosamente se desorienta ante tal falta de información. La inversión industrial es de por sí arriesgada, tanto que se la califica de acto de fe en el futuro, y corre una aventura mucho mayor cuando es hecha a ciegas que con conocimiento de causa. Tantas inversiones erradas, públicas y particulares, que se han hecho en el Ecuador pueden deberse en buena parte a esta falta de información orientadora. Hay que tomar en cuenta que el proceso de industrialización es acumulativo: el éxito de un primer ensayo facilita no sólo la integración de actividades conexas, sino, aún por un simple contagio de entusiasmo pero sobre todo por causas más fundamentales como el incremento de los ingresos y por consiguiente de la demanda efectiva por un lado y de los ahorros, inversiones y capitalización por otro. De igual manera, un fracaso retarda también acumulativamente el desarrollo.

De todos modos, parece que el Ecuador es pobre en recur-

Los recursos mineros tales como hierro y carbón que han permitido el asombroso crecimiento de países como Inglaterra y Estados Unidos. Tal vez en recursos menos "espectaculares" como arcilla, cuarzo, etc., que pueden dar origen —y de hecho ya lo están dando— a industrias básicas como la del cemento, su pobreza no sea tan alarmante. Muchas ramas de otra industria básica, la química, pueden tener también suficientes reservas naturales en nuestro país. La posición del Ecuador en cuanto a reservas de petróleo sigue siendo una incógnita.

En cuanto a recursos agrícolas y ganaderos, debemos anotar que la producción de estos sectores hoy por hoy está más orientada hacia artículos alimenticios que hacia materias primas para industrias a menos que, naturalmente, consideremos la industria también alimenticia. La empobrecida Sierra parece que puede suministrar materia prima para una industria química, la de insecticidas a base de piretro, y de hecho para la de tejidos de lana, para la de productos lácteos y para algunas otras industrias alimenticias. De una manera especial debemos referirnos al caso del trigo y de la industria molinera: según la Memoria del Banco Central, el consumo aparente de harina de trigo ha subido de 29.098 toneladas métricas en 1946 a 68.478 (cifra provisional) en 1955, es decir a un 235%, en tanto que la producción triguera sólo ha subido, en los mismos años, de 24.840 ton. a 38.568 es decir a un 155%. El déficit no se ha cubierto con importaciones de harina, pues éstas, tras haber crecido casi al 250% de 1946 a 1952 en que llegaron al máximo, han venido decreciendo hasta que en 1954 el nivel fue prácticamente el mismo que en 1946, y en 1955 casi desaparecieron; sino con importaciones de trigo que de 4.532 ton. en 1946 subieron a 59.897 (cifra provisional) en 1955, es decir al 1.321%, con la correspondiente alarmante fuga de divisas. Parece que en la primera sustitución de importaciones que el país debe empeñarse a fondo es en la de trigo.

También es digno de mención el caso de las mantecas y aceites: la importación de estos productos de origen vegetal ha subido de 306 ton. en 1948 a 3.541 en 1955, es decir a un 1.157%.

La producción nacional de los mismos artículos ha subido de 350 ton. en 1948 a 5.337 (cifra provisional) en 1955, es decir, más aceleradamente que la importación, a un 1.496%. La importación de manteca de cerdo ha sufrido variaciones erráticas, quizá debidas a pasos de la prohibición a la autorización de importaciones dada sin criterio técnico alguno. Es obvio que también por este concepto hay un considerable drenaje de divisas que puede ser contenido alentando la producción nacional. Sin embargo el problema está en la escasez de materias primas para la industria de aceites y grasas vegetales, pues ya en la actualidad se importa una fuerte cantidad de ellas: al ocuparnos, como lo estamos haciendo, de los recursos agropecuarios, la recomendación que debemos hacer es justamente la de fomentar la producción de oleaginosas por un lado y la ganadería porcina por otro.

En cuanto al azúcar, observemos que dado el significativo incremento que ha tenido la demanda, ni siquiera la duplicación de la producción en el lapso comprendido entre 1946 y 1955 ha sido suficiente, pues mientras en 1946 la producción de 33.544 ton. cubrió el consumo, en 1955 tras un brusco incremento iniciado en 1953, hubo necesidad de importar casi 20.000 ton. con un egreso de 1'800.000 dólares. Este volumen seguirá creciendo si no se presta pronta atención al problema. Mientras tanto, las aisladas exportaciones realizadas en 1950 y 1952 son un indicio de que la industria azucarera puede constituir una fuente de divisas ocupando materia prima nacional. Por este motivo creo que la industria azucarera merece tantas consideraciones como la harinera.

La visión sintética del caso de la industria textil es la siguiente: Las importaciones, medidas en dólares, han subido desde 1946 hasta 1954 a un 238% (desde \$ 4.843.000 hasta \$ 11.562.000), para decrecer en 1955 a \$ 9.890.000, es decir a un 204%. En toneladas métricas, de 4.509 en 1946 subieron a 7.271 en 1954, es decir a un 161%; rebajando en 1955 a 7.043 o sea a un 156%. La producción ha subido en los mismos años, en toneladas de 695 a 4.320, o sea a un 621% y en

metros de 12.981.000 a 21.200.000, o sea a un 163%. (Fuente: Memoria del Banco Central). Las importaciones de textiles algodón han venido decreciendo desde el 53.8% que significaron en 1950 con respecto al total de importaciones de textiles, hasta el 35.1 que significaron (cifra provisional) en 1955. Las importaciones de textiles de lana han venido subiendo desde el 15.5% en 1950 hasta el 33.7 en 1955. Las de textiles de otras fibras se han mantenido más o menos estables, alrededor de un 30% del total. En la expresión textiles se hallan incluídas las respectivas materias primas y acerca de ellas anotemos lo siguiente: las importaciones de algodón tienden a decrecer relativamente a las de textiles de algodón; las de lana marcan una franca tendencia al crecimiento respecto a las de textiles de lana; las de otras fibras marcan también una tendencia al alza pero más moderada que en el caso de la lana, asimismo con respecto a su rubro. Lo anterior pone de manifiesto una mayor producción no sólo de la industria de tejidos de algodón sino también de su materia prima; un afán de promover la industria lanera sin contar con materia prima nacional y un estancamiento, relativo a las otras industrias textiles, de las de otras fibras, especialmente artificiales. Las conclusiones que saltan a la vista son: como todavía se importa algodón desmotado, proseguir en el fomento del cultivo de esta fibra incrementando la cantidad y mejorando la calidad; fomentar la ganadería lanar, asimismo en cantidad y calidad, para la cual son tan aptos los páramos inexplorados de la Sierra, más aún, la única parte inexplorada de ésta; tratar de instalar en el país plantas productoras de fibra de rayón, tal como lo sugiere la Memoria del Banco Central.

Los recursos forestales del Ecuador son cuantiosos pero no propiamente económicos, ya porque carecemos de bosques homogéneos y en su lugar tenemos selvas heterogéneas, ya por la falta de vías de penetración a los centros maderables. Sin embargo, puede decirse que las montañas del litoral, especialmente favorecidas por los planes viales que se siguen concibiendo, su-

ministrarán, en un plazo no muy largo, recursos suficientes para una industria probablemente de exportación.

Los ictiológicos, en cambio, parece que constituyen una fuente de riqueza inmediata y, aún cuando en una forma no bien sistematizada y controlada, ya en explotación. Las exportaciones de pescado de 1955 septuplicaron las de 1950 pese a que todavía constituye un problema para el país la pesca ilegal en nuestras aguas territoriales. Ya es tiempo de que organicemos no sólo la pesca, para lo cual la base es una flotilla pesquera, sino la industria de enlatado. Los resultados serían: disminución de importaciones de conservas de pescado, que tras haberse mantenido excepcionalmente altas desde 1950 hasta 1954, sólo en 1955 decrecen aproximándose al nivel de 1949, así y todo tres veces más alto que el de 1948; suplir los defectos en la distribución de pescado fresco; mejorar la dieta popular y probablemente sentar las bases para una futura industria de exportación. Industria complementaria de la de enlatado de pescado es la de fertilizantes orgánicos, aprovechando los subproductos de la primera.

Evidentemente, la falta de recursos propios es cosa que, con miras a un plan de industrialización, se puede obviar a base de importaciones, pero para optar por esta solución débese tomar muy en cuenta la situación de la balanza de pagos. Nuestro país, como todos los subdesarrollados, tiene una capacidad para importar limitada estrictamente por las exportaciones casi sólo de productos primarios, tan expuestos a las fluctuaciones cíclicas. Cuando no se cuenta, como no contamos, con personal calificado, ni capitales, ni tradición industrial, es difícil esperar levantar una industria de exportación a base de materias primas importadas, de modo que la salida de divisas por concepto de importación de recursos no tendría su contrapartida en el ingreso de divisas por concepto de exportaciones de los respectivos productos manufacturados, como ocurre en el Japón p. e., sino tan sólo en la sustitución de importaciones, siempre que en virtud de una política proteccionista o de las mejores condiciones del producto así elaborado en el país, éste despla-

ce al similar extranjero. De todos modos, siempre subsiste el peligro que el producto de la industria nacional no satisfaga los deseos de los consumidores, de que por cualquier error de cálculo en el planeamiento de la naciente industria, en la adaptación de técnicas y equipos extranjeros, etc., el producto nacional resulte relativamente más caro que el importado,, necesitando en tal caso una protección desmedida, todo lo cual debe ser maduradamente meditado a riesgo de dar un paso en falso, tan fatal como queda descrito en la primera etapa de industrialización de un país.

A este propósito, y sin menospreciar la política proteccionista así arancelaria como cambiaria, debemos ponerle los siguientes reparos, únicamente con el objeto de sugerir la inconveniencia de su abuso: cuando el proteccionismo se prolonga indebidamente, la industria protegida no hace ningún esfuerzo para progresar técnicamente, o simplemente prueba que no es adecuada para el país en donde no puede operar en forma económica, de modo que su forzada prosecución constituye un despilfarro de energías dignas de ser aplicadas con más provecho a otras actividades, y una injusticia para el consumidor que debe pagar más por un artículo inferior. La protección debe ser tal que "el exceso de costo" de la industria no sea superior al valor nominal: más allá de este límite es que la protección puede ser calificada de indebida. El aislamiento de los países dentro de murallas proteccionistas determina un desarrollo ficticio..

Para no correr estos riesgos, o para correrlos en menor escala, es pues mucho mejor que en la selección de "industrias candidatas" se dé prioridad a las que pueden utilizar desde el comienzo o en breve plazo recursos propios, no sólo con el objeto de defender la balanza de pagos, sino también para independizarse de las contingencias en el aprovisionamiento y para favorecer un desarrollo integrado.

Sin embargo, no debemos dejar de considerar un argumento en contra del afán de industrializar a toda costa materias primas nacionales, y es que si no hubo con anterioridad al proceso de industrialización una producción ya sistematizada de di-

chas materias primas, preferentemente orientada hacia la exportación, es decir si hay necesidad de improvisar una producción de esos materiales en un plan ad-hoc para la industrialización en proceso, su costo será probablemente más alto que el de los obtenidos por importación a causa de la deficiencia de los métodos de producción improvisados: con el mismo criterio de todo proteccionismo, habría que calcular hasta qué punto es preferible soportar dichos costos más altos que permitir la salida de divisas escasas.

Mano de obra.—Considerado el elemento humano tan sólo como recurso, válganos los ejemplos del mismo Japón ya citado, de Suiza, de Bélgica, de Holanda, para demostrar objetivamente que el primordial factor de la producción es el hombre. Los mencionados países tienen escasos recursos naturales, pero una población enérgica que busca y encuentra soluciones a sus problemas. El Japón importa prácticamente todas las materias primas requeridas por su industria, Holanda empieza por disputar tierras al mar y ambas se encuentran a la cabeza del progreso mundial. La educación de la población es pues condición si-ne-qua-non para incrementar la productividad de un país.

El Ecuador cuenta con una población que, como ya dijimos en la primera sección, en un 50% aproximadamente es analfabeta, en un 71% rural, en un 39% indígena, en una buena parte de este último porcentaje aislada de la economía monetaria.

En realidad la población total del país es más bien escasa comparada con su territorio asimismo total, pues sólo daría una densidad de menos de 12 habitantes por Km². Pero la situación varía si se considera la forma como está distribuída esta población: la Sierra alberga a 29 habitantes por Km², y a más de 30 si del área total del altiplano se rebaja lo inaprovechable. En la Costa, no obstante su mayor productividad, apenas viven 19 habitantes por km², lo cual en buena parte se debe a falta de vías de comunicación y obras de saneamiento.

La tasa de crecimiento vegetativo de nuestra población es una de las más altas de América: superior al 3%. Aún optando por calificar de baja nuestra densidad de población, podríamos hacer el siguiente análisis de desfavorables conclusiones: si bien, cuando la población de un país es escasa, su acelerado crecimiento es favorable al desarrollo económico, no ocurre así cuando el coeficiente de capitalización es inferior al índice de crecimiento de la población. Ahora bien, en el Ecuador es difícil aún mantener estable el coeficiente de capitalización y prácticamente imposible elevarlo mientras no se empiece por incrementar la productividad de las actividades primarias. Como hemos visto, el ingreso per cápita se halla tan expuesto a los vaivenes de la relación de intercambio, que cuando ésta baja también baja dicho ingreso, como ocurrió en 1955, síntoma inequívoco de que la mencionada productividad se mantiene prácticamente estática. Es pues difícil creer que este alto índice de crecimiento vegetativo nos sea favorable.

El bajo ingreso per cápita, sobre todo en la Sierra; el alto porcentaje de población activa, asimismo sobre todo en la Sierra; el predominio de actividades primarias, son indicios, todos, de que la productividad marginal del trabajo es bajísima. En verdad, este hecho determina un bajo costo social del proceso de industrialización, pero también una baja demanda efectiva, una baja capacidad de ahorro y capitalización: la única solución al problema consiste en incrementar la productividad de las actividades primarias.

Qué hace el país en cuanto a capacitación industrial de su población? De acuerdo con el Censo de 1950, y según expresión hallada en el Informe de la Junta de Planificación "existen muy escasos profesionales para el fomento económico básico: en el campo de la ingeniería e industria sólo un 3% y en el campo agropecuario menos de un 4%."

En 90 planteles técnico-profesionales dependientes del Ministerio de Educación, casi todos ellos orientados hacia la artesanía, comercio y agricultura, desde 1949 hasta 1955 se han matriculado 58.253 alumnos y graduado 3.520: esta cifra re-

presenta un poco más de un 1 por mil de la población total. Si se deduce el número de graduados en ramas comerciales, nos encontramos con que menos de un 1 por mil de la población ecuatoriana se capacita no digamos para la industria sino simplemente para trabajos menos rutinarios e improductivos que el resto del trabajador manual ecuatoriano. Es cierto que el Ministerio de Economía también sostiene planteles de educación especialmente agropecuaria, pero desde 1950 en ellos apenas se han graduado 57 alumnos. Ni siquiera incluyendo los planteles particulares lograremos modificar apreciablemente estas cifras desconsoladoras.

Enfocando un poco más de cerca la capacitación industrial propiamente dicha observemos lo siguiente: en el año escolar 1950-51, según cifras obtenidas por la Junta de Planificación en la sección Estadística y Escalafón del Ministerio de Educación, en los planteles técnico-profesionales controlados por los Ministerios de Educación y Economía, se matricularon 19.134 alumnos, pero en especialidades de mecánica, electricidad, artes gráficas y tejidos, que pueden ser tenidas por industriales, sólo se enrolaron el 8.2%, un 66.8% en contabilidad y secretariado y el resto en manualidades de tipo artesanal como carpintería, zapatería, sastrería, etc.

Pero veamos lo que ocurre con la educación básica, la primaria:

Ya dijimos que según el Censo de 1950 más de la mitad de la población ecuatoriana era analfabeta. Para entonces el porcentaje de la población escolar que concurría a la escuela era inferior al 40, y la proporción de profesores con respecto al resto de profesionales (que según indicamos eran tan escasos en los ramos técnicos) era del 28.3% con una cifra absoluta de 11.293, la más alta entre todos los profesionales de esa época. Desde 1950 el número de alumnos concurrentes a escuelas ha ido subiendo con respecto a la población en edad escolar, hasta que en 1954-55 fue del 42.7%. El número de profesores primarios graduados ha subido desde 296 titulados en 1950-51 hasta 497 titulados en 1954-55, sin embargo no todos ellos ejer-

cen su benéfica labor por falta de recursos fiscales y de posibilidades particulares, según se lee en el Informe de la Junta, de donde provienen todos los datos citados.

Es pues evidente que la incorporación de la población ecuatoriana al alfabeto sigue un ritmo lento.

Así pues, ni básica ni especializadamente el hombre ecuatoriano se prepara para una era de industrialización. Para encarar el problema de su desarrollo el país tiene que llenar urgentemente este vacío no sólo valiéndose de sus propias escasas fuerzas sino también de la ayuda de organismos internacionales que tienen esta inquietud primero, y de países desarrollados como los EE. UU. después. La ONU y la OIT así como los EE. UU. tienen programas de ayuda técnica a los países subdesarrollados. Por ahora parece que más eficientes son los programas norteamericanos que los de dichos Organismos Internacionales, y operan a través del Punto IV y del SCIA: por medio de ellos no sólo se puede conseguir becas para estudios de especialización profesional-técnica en el exterior sino también cooperación para el establecimiento y sostenimiento de centros de enseñanza de este tipo en el interior del país. En la actualidad se pone especial énfasis en los ramos agropecuario y artesanal, seguramente con el objeto de fomentar un desarrollo ordenado, principiando por incrementar la productividad de actividades preindustriales en una etapa de preparación para el verdadero desarrollo industrial. El Gobierno del Ecuador y el país todo deben trabajar enérgicamente en este sentido si se persigue una pronta salida del estancamiento en que nos encontramos.

Pero el elemento humano no debe ser considerado sólo como medio del desarrollo sino también, y sobre todo, como fin. Dejemos sentada la premisa de que el objetivo último de la ciencia económica, como de toda ciencia, es el hombre. El desarrollo industrial, el económico, no interesan en cuanto tales sino como caminos que conducen al progreso social: si en un momento dado el progreso industrial se opone al bienestar social, sin lugar a dudas se debe sacrificar esa industrialización a este bienestar, puesto que la industria es para el hombre y no el

hombre para la industria. Los procesos de industrialización que ya han tenido lugar en el mismo han estado llenos de dolorosas experiencias humanas, tanto en Europa como en América y Asia: ello se ha debido a desajustes entre el progreso social y el económico, al sacrificio que se ha hecho de lo social a lo económico. Un país que prácticamente aún no entra en esa corriente no debe, no puede incurrir en los mismos errores. En el Ecuador estamos dando los primeros pasos en el camino de nuestra industrialización, démoslos meditándolos bien, coordinándolos, procurando ocasionar las menores distorsiones. Falta de educación popular, especialmente campesina; falta de preparación para las nuevas condiciones de vida, tan distintas como son las creadas por la civilización industrial de los apacibles ambientes rural y artesanal; falta de sincronización entre el progreso industrial y el agrícola que a más de acentuar el aislamiento en que vive el campesinado, de empequeñecer el mercado para la producción industrial, restringirá el suministro de alimentos para una población no agrícola cada vez creciente; falta de legislación social que resuelva los problemas obrero-patronales cada vez más agudos; falta de legislación tributaria lo suficientemente elástica para ir adaptándose oportunamente a la nueva estructura social; falta de políticas fiscal y monetaria que contribuyan a crear justamente esa nueva estructura social por un lado y que se adapten a la que se vaya creando por otro, pueden ser causa de que la industrialización favorezca a unos pocos, acentuando aún más la tremenda desigualdad en la distribución de la propiedad y de la renta; de que el miserable pero al menos conformista o resignado proletariado rural se transforma en un más miserable e inadaptado proletariado urbano; de que por falta de productos agrícolas para alimentar la población industrial o de materias primas para abastecer la industria y de capacidad para importar del exterior esos alimentos y esas materias primas, el proceso planeado tenga que detenerse a corto plazo; de que por falta de caminos y facilidades de mercado para la distribución de los productos, el mercado por esta causa más siga empequeñecido artificialmente; etc. También puede darse el

caso de que al sacar simplemente del analfabetismo al campesino, al incorporar a la civilización al indio, al incorporarlo al circuito monetario que es, desde el punto de vista económico, una manifestación de civilización, sin incrementar al mismo tiempo la productividad de sus actividades, se esté creando necesidades en esa gente sin proporcionarle al mismo tiempo medios, armas, herramientas con qué satisfacerlas. También este fenómeno puede acontecer y quizá se halle ya aconteciendo en algunos sectores del Ecuador.

Todos estos problemas competen tanto al sociólogo como al economista, pero por lo mismo o el economista debe tener mucho de sociólogo (la economía es una ciencia eminentemente social) o debe marchar estrechamente de acuerdo con él.

Capital.—En el Ecuador, como en todo país subdesarrollado este factor es sumamente escaso, aún más escaso que las materias primas y que la mano de obra. El problema redunda en un verdadero círculo vicioso: hay escasez de capital porque la bajísima productividad marginal del trabajo impide el ahorro, y la productividad marginal de las actividades es tan baja precisamente por falta de capitales; y se agrava porque la industria requiere más capital que la agricultura (al mismo tiempo que la inversión industrial es menos versátil es decir menos adaptable a cambiantes circunstancias que la agrícola, y al mismo tiempo que en países subdesarrollados como el nuestro, carentes de tradición industrial, no se sabe cómo invertir en forma óptima esos escasos capitales disponibles) y porque, como hemos visto, se prefiere la inversión especulativa.

Para hablar en cifras: según el Informe de la Cepal la capitalización aparente del país en el período 1928-30 fué de US\$ 4.00 por habitante, de \$ 3.00 en 1938-40, y, dando un brusco salto hacia arriba, de \$ 10.70 en 1948-50. Para darnos cuenta de la importancia de estas cifras tomemos en cuenta que, como es natural, una parte de la inversión neta, que es la representativa de la verdadera capitalización, se emplea en equipo que en países como el nuestro es en su totalidad importado, otra

parte en gastos de instalación y todavía una tercera parte en valor agregado de construcciones; ahora bien, el Ecuador importó en 1950, año excepcionalmente bueno, bienes de capital a razón de \$ 4.50 por habitante, mientras que Colombia ese mismo año importó \$ 11.50 y Chile \$ 14.50. Es probable que esta situación perduró, quizá hasta mejoró, hasta 1954, a favor de la ventajosa relación de intercambio. Pero hemos visto como en 1955, cuando se deterioró esa relación, el ingreso real per cápita bajó con respecto al de 1954, circunstancia en la cual se hace mucho más difícil mantener el ritmo de capitalización. Durante el período 1950-54, según el Informe de la Junta, la inversión neta representó el 8.8% del ingreso nacional y el 36% de las importaciones totales correspondieron a bienes de capital, este porcentaje es uno de los más altos alcanzados en Latinoamérica y de él debemos estar orgullosos, máxime que probablemente en 1955 fue aún más alto, pues mientras, según la Memoria del Banco Central la formación interna bruta de capital en 1950 fue del 11.1% del PNB en 1950, año de bonanza como hemos anotado, en 1955 fué del 15.5%, siendo así que este año el comercio internacional ya se nos tornó desfavorable: si aún en épocas de bonanza se ha rondado sólo por los \$ 10.00 anuales per cápita de capitalización, y ésta es una cifra absoluta sumamente baja, en años malos, por muchos esfuerzos que hagamos a duras penas lograremos mantenerla pero no superarla, y es difícil prever una mejora en los términos del intercambio durante los próximos 4 o 5 años, de modo que sólo un poderoso esfuerzo del país, basado en una austera política de importaciones, en un fomento de la producción nacional de ciertas materias primas y sobre todo de alimentos a fin de poder sustituir este todavía cuantioso rubro de importaciones, en un incremento de las exportaciones tanto actuales (especialmente café, cacao y pescado) como potenciales, especialmente quizá azúcar, puede permitir una, así y todo sólo moderada, capitalización como para que sirva de base no digamos a un verdadero proceso de industrialización pero al menos a su preparación y en todo caso al incremento del ingreso real per

cápita que es la meta inmediata que estamos obligados a perseguir.

También en este caso podemos pensar, como en el de la mano de obra, en el concurso de otros países y de instituciones internacionales. La escasez de capitales se puede solucionar importándolos, sea a través de préstamos particulares u oficiales, de las llamadas inversiones de cartera consistentes en la colocación de valores nacionales (bonos, cédulas, acciones) en mercados extranjeros de capitales, de la instalación en el país de compañías extranjeras, etc.

La importación de capitales, sin embargo, tiene algunas desventajas como la de levantar suspicacias, más o menos fundadas, relativas a intervención de los inversionistas extranjeros en asuntos domésticos políticos y administrativos; o el temor de esos inversionistas, cuando son compañías instaladas en el país, de que arbitrariamente se nacionalice la inversión; o el simple hecho de que difícilmente se puede armonizar en forma permanente los intereses del inversionista en cuanto a repatriación de utilidades y en ocasiones del mismo capital, con la situación cambiaria del país. También ha constituido inconveniente, desde el punto de vista del inversionista, para estas migraciones de capital, la doble tributación internacional, que gracias a los esfuerzos de organismos internacionales del tipo de la ONU tiende a desaparecer. Entre los países exportadores de capital actualmente se distinguen los EE. UU., tanto en la esfera oficial como en la privada: en la primera, el canal está constituido esencialmente por el EXIMBANK del cual el Ecuador ha obtenido ya crédito que consolidado a la fecha asciende a US \$ 23.262.111, siendo éste precisamente el rubro mayor de la deuda externa del país. Dada la relativa liberalidad con que los EE. UU. conceden su ayuda es posible que el Ecuador todavía tenga opción a ella, pero para que sea bien aprovechada debe adoptarse una política de centralización y sistematización del crédito público, coordinándola con las políticas fiscal y monetaria y de desarrollo económico general.

Para evitar los recelos despertados por las corrientes de ca-

pital de países llamados centrales a los subdesarrollados, han sido creados organismos internacionales como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, una especie de entidad filial del Fondo Monetario Internacional, y la Corporación Financiera Internacional, auspiciada por el mismo Banco y nacida de la última Conferencia de Ginebra. Estas corporaciones están llamadas a prestar ayuda a los países pequeños especialmente en la financiación de obras de fomento económico básico de carácter oficial como medios de comunicación y transporte, energía, obras de salubridad e higiene, puertos, etc. Sin embargo en Turquía con éxito, en México sin él y en Etiopía con relativo, el Banco Mundial ha auspiciado la instalación de industrias privadas. Nuestro país debe a este Banco en la actualidad una suma relativamente moderada, \$1.428.849,00, motivo por el cual, y por ser partícipe del mismo, puede obtener una ampliación del crédito.

Pero aún prescindiendo de la ayuda foránea el gobierno debe empeñarse a fondo en la construcción de las referidas obras básicas, incluyendo en este rubro de servicios informativos tan útiles y aún indispensables como ya hemos visto, aún cuando haya que sacrificar otros capítulos como el de defensa nacional por ejemplo. Domésticamente no se debe financiar estas inversiones a base de crédito bancario, porque este recurso es peligrosamente inflacionario, sino en la medida de lo posible con impuestos, y de resto con los ahorros ya hechos por el país y que sobre todo se centralizan en las cajas de seguro social que para 1950, según el Informe de la Cepal, ya recaudaban algo como s/. 100.000.000,00 anuales, y que para 1955, según la Memoria del Banco Central, tenían ingresos netos, deducidos los gastos de administración y prestaciones obligatorias a los afiliados, que significaban el 1.8% del ingreso nacional.

En cuanto a la industria privada no puede gozar sino en forma mucho más limitada del crédito internacional, lo mismo que del concedido por las Cajas de Previsión. Con respecto al crédito bancario, aún cuando también al concedérselo a la industria privada puede desatar procesos inflacionarios, por ahora

parece que más bien es insuficiente pues como dijimos al principio ni siquiera cubre las necesidades de capital circulante, con respecto a las cuales, las más exigentes teorías monetarias aceptan que deben ser financiadas bancariamente. Que el crédito bancario es insuficiente se prueba ampliamente con el imperio de la usura de la que son víctimas especialmente los artesanos. Hace pues falta una ampliación de los servicios bancarios.

Empresa.—Modernamente la empresa es considerada como un cuarto factor de producción, tan importante como los otros tres. Tiene que ver con el planeamiento de la empresa, el levantamiento del capital necesario para la misma, su administración y la orientación técnica de las innovaciones. En los países desarrollados cada una de estas funciones suele correr a cargo de distintas personas, mientras en los subdesarrollados es usual que a cargo de una sola que se vincula íntimamente con la vida de la empresa la que por consiguiente depende del empresario en forma demasiado estrecha, como ya hemos indicado. Por añadidura el empresario tiene que proceder con escasa información estadística y técnica y con exposición a arbitrariedades de una vida política inestable. En países como el nuestro es frecuente que para efectos de administrar una empresa, sobre las consideraciones estrictamente técnicas predominen otras de carácter social y familiar, en lo que respecta a selección de personal directivo p.e., lo que viene en mengua de los resultados económicos que se obtiene. También aquí se presenta un círculo vicioso: por falta de espíritu de empresa la industria no puede progresar, pero por falta de progreso industrial, de medio ambiente adecuado, no hay espíritu de empresa. Para salir de él lo primero es elevar el nivel de instrucción general y especialmente técnica; una vez puesto en marcha un proceso de industrialización también el espíritu de empresa crece acumulativamente.

Lamentablemente en el Ecuador no hay una sola verdadera escuela de organización de empresas: la que más se acerca a este tipo de plantel profesional es la Facultad de Economía

de la Universidad de Guayaquil, de orientación acentuadamente comercial, pero si tomamos en cuenta que el número total de economistas graduados en esa Universidad y en la Central asciende a 15 en el período de 1950 a 1955, podemos concluir que prácticamente no hay esta inquietud en nuestro país. Las profesiones con mayor número de graduados en el mismo lapso en todo el país siguen siendo la abogacía con 427 graduados y la medicina con 659, representando entre las dos un 61.6% del total de nuevos profesionales. Los profesionales técnicos que son los más necesarios para el desarrollo económico del país, como ingenieros, agrónomos, veterinarios, economistas, ingenieros químicos e industriales, etc., y ésto incluyendo profesionales de ramas afines como farmacia, arquitectura, etc., apenas representaron en el mismo conjunto analizado un 20.9%.

La ventaja que tienen las compañías extranjeras radicadas en el país es que a más de capital traen personal no sólo directivo sino también de obreros. Cuando por uno u otro motivo este personal entra en contacto con nacionales, tales empresas desempeñan el papel de verdaderas escuelas de capacitación técnica, centros, de enseñanza máximamente objetiva; pero como tales casos son aislados tampoco en cuanto al factor empresa podemos hacernos la ilusión de que a corto plazo improvisaremos elementos que nos permitan una pronta industrialización. No podemos cerrar esta sección sin sugerir la necesidad de prestar la debida atención a tan importante problema.

Mercado.—Al señalar cifras relacionadas con el ingreso per cápita, con la composición de la población, etc., hemos dado ya una idea de las condiciones actuales del mercado ecuatoriano para los productos manufacturados. Estas condiciones sólo pueden mejorar sobre dos bases: redistribución del ingreso por un lado y su incremento por otro. Lo primero, a corto plazo no se podría conseguir sino por una revolucionaria reforma institucional que no nos compete sugerir, y a largo plazo por toda una política económico social en la que por instinto de conservación deben cooperar todas las clases sociales del país. A base

de una redistribución del ingreso se elevará la propensión al consumo y por consiguiente la demanda efectiva.

En cuanto al incremento del ingreso per cápita, la Memoria del Banco Central anota que, dada la tasa de crecimiento de la población que es del 3%, se necesitará una inversión neta anual del 15% para que dicho ingreso per cápita se incremente anualmente asimismo en un 5%: la relación entre estas cifras es obvia. De acuerdo con estimaciones de la Junta de Planificación para que esto ocurra, la formación bruta anual de capital durante el período 1956-60 debe más que duplicarse con respecto a la realizada en 1950-54, pues mientras en éste la cifra alcanzada fué de s/. 1.100.000.000,00 en aquel la cifra por alcanzarse debe ser de s/. 2.400.000.000,00. Hasta qué punto podremos obtener ésto con unos términos de intercambio deteriorados? Depende de la austeridad del país, de la política económica que adopte el Gobierno, de la comprensión de los ciudadanos y sobre todo de la energía que pongan en su trabajo.

III.—CONCLUSIONES

De la anterior exposición podemos desprender que para emprender en un proceso ordenado de industrialización hay necesidad de dar los siguientes pasos:

1.—Educación y capacitación profesional no sólo para preparar el personal idóneo que deberá trabajar en las industrias por crearse, sino, a base de crear necesidades con la civilización y la cultura, crear también mercado para los productos industriales, mercado que en la actualidad es sumamente deficiente; no sólo para evitar conflictos económicos sociales que se presentan al transferir bruscamente a la industria una población agrícola, sino para dar prioridad a lo que primeras atenciones merece: el hombre mismo.

2.—Inversiones públicas en la promoción de servicios básicos como carreteras, ferrocarriles, puertos, irrigación, obras de saneamiento, electrificación, etc. Mencionemos de una manera especial dentro de este rubro los servicios informativos tales como censos, estadísticas, inventarios de recursos.

A propósito de la inversión pública no podemos dejar de sugerir la necesidad de centralizarla para poder sistematizarla en una política planificada de desarrollo económico. El hecho de que haya centenares de entidades autónomas encargadas de lo mismo, impide la adopción de una política organizada y neutraliza al acción del Gobierno central.

3.—A consecuencia de la tecnificación de la población y de la inversión pública en servicios básicos que permiten las llamadas "economías externas", casi de hecho se obtiene algo que es fundamental para el desarrollo económico y condición previa para el industrial: el incremento de la productividad de las actividades primarias.

4.—Sólo después de haber dado los tres pasos anteriores se puede pensar en un sano proceso de industrialización propiamente dicha. Como aún así es posible que siga faltando el espíritu de empresa que más que a través de una preparación teórica se obtiene a consecuencia de una tradición industrial, me parece recomendable que el mismo gobierno empiece actuando de promotor, a través de organismos como la extinguida Corporación de Fomento. Una vez puesta en marcha una empresa se la debe entregar al capital y administración privados, pues si el gobierno puede desempeñar el papel de un buen promotor, y de hecho lo ha sido como en el caso de la Cerámica del Chimborazo p.e., jamás ha dejado de ser un pésimo administrador.

5.—La industria que más inmediato fomento merece en mi concepto, es la de enlatados de pescado por ser la que presenta el menor problema en lo referente a recursos, facilitando

por añadidura la instalación de una industria derivada, la de abonos orgánicos, a base de los subproductos de la primera. En cuanto al mercado, a fin de asegurar el extranjero, con el que sería menester contar en orden a instalar, sin temor, una planta tan grande que permita bajos costos de producción, se podría atraer alguna empresa del ramo ya introducida y prestigiada en el mercado mundial, arreglando con ella la formación de una empresa filial o subsidiaria.

La industria azucarera debe merecer especial atención, pero aquí ya se trata primero de cambiar la orientación de los cultivos de caña de la producción de alcoholes y panela a la de azúcar. El problema principal consistiría en la centralización de tales cultivos actualmente diseminados. Tocante a la mano de obra, creo que no habría dificultad alguna puesto que tanto la agricultura de la caña como su industrialización son procesos ya conocidos y practicados en el país, aun cuando quizá no con toda la eficacia técnica a la que debemos aspirar. En cuanto al mercado, es probable que al instalar una gran planta, que también en este caso sería aconsejable con el mismo propósito de conseguir bajos costos de producción, se dispondría de un excedente para la exportación: tanto para asegurar un mercado extranjero como para que se nos ayude a suplir nuestras deficiencias relativas a los factores empresa y capital, me parece aconsejable hacer proyectos semejantes al del Consorcio Azucarero Chileno-Ecuatoriano, en mi opinión injustamente combatido.

En esta enumeración de industrias por orden de prioridad, me parece que el tercer lugar le corresponde a la harinera. En este caso el problema es más agrícola que industrial propiamente dicho hay equipo ya instalado y funcionando en el país; de hecho hay también empresas organizadas; hay mano de obra relativamente entrenada amén de que las maquinarias modernas, altamente automatizadas, requieren de escaso personal; hay un mercado interno ampliamente asegurado: lo que falta

es materia prima que importamos en grandes cantidades. No porque el problema en sí tenga menos importancia para el país que el de las dos industrias anteriormente mencionadas (antes bien, si consideramos el fuerte drenaje de divisas por concepto de importaciones de trigo y también de harina, si queremos referirnos a años anteriores, este rubro es aún más vital que los anteriores), sino simplemente porque su solución es mucho más complicada, es que lo hemos colocado en tercer sitio. Efectivamente, si los inconvenientes no radican en la mano de obra, en el equipo (el ya instalado más bien tiene actualmente exceso de capacidad), en el mercado, el aprovisionamiento interno de la materia prima es una aspiración talvez difícilmente alcanzable, pues el cultivo del trigo tiene que empezar compitiendo por factores con el de la cebada p. e.

Igual cosa sucede con la industria textil y la de aceites y grasas vegetales. Principiando por la textil, que según mi criterio, merece el cuarto lugar, el caso es similar pero de diferente intensidad en cuanto a lana, algodón y fibras sintéticas. También aquí primero se ha levantado el aparato industrial antes de sentar las bases relativas al aprovisionamiento de materia prima. También aquí el problema es más agropecuario que estrictamente industrial. También aquí se puede ahorrar divisas si se cultiva algodón en forma técnica en muchas regiones de la Costa y no pocas de la Sierra especialmente adecuadas para el objeto, si se aprovecha en crianza de ganado lanar lo único inexplorado que tiene la Sierra: sus páramos. Aún es posible la producción doméstica de fibras sintéticas, especialmente rayón.

Abordemos ahora el caso de las oleaginosas. No menos que en los casos del algodón, lana, trigo, caña de azúcar, el Ecuador es apto para producir ajonjolí, maní, palma real, etc. Lo que hace falta es orientar técnicamente el cultivo de estas plantas y quizá legislar un poco más severamente sobre protección industrial a fin de alentar la producción nacional de aceites vegetales y desalentar las importaciones.

Dada la riqueza moderable del país creo posible también su aprovechamiento en la explotación de pulpa de madera que permitiría la instalación de dos industrias: la papelera y la de fibras textiles sintéticas. Desde luego, en este caso, el único recurso con el que contaríamos sería la materia prima y nos faltaría, en cambio, todo lo demás. Como probablemente la capacidad de una planta económica sería demasiado grande para el Ecuador, creo que podríamos contar con ciertos mercados sudamericanos que por carecer de materia prima económicamente aprovechable (tal es el caso del Perú) estarían en el caso de recurrir a nuestra producción.

Puesto que quizá, la instalación de cualquier otra nueva industria volvería a plantear en términos análogos a los anteriormente discutidos el problema de abastecimiento de materias primas, creo que lo más aconsejable es solucionar primero el de las industrias ya instaladas. No podemos formular la acusación de que lo ya hecho en el país es completamente ilógico y quizá inconveniente, pues, como ya hemos dicho, muchos procesos de avanzada industrialización se han desarrollado sin contar con producción doméstica de materias primas; pero puesto que, en los casos anotados, por una parte podemos producir nosotros mismos tales materiales, y por otra no podemos permitirnos el lujo de despilfarrar nuestra escasa capacidad para importar, opino que en adelante debemos proceder en la forma señalada en esta quinta conclusión. Lo ya realizado constituye una rica experiencia que nos será de mucha utilidad en nuestro ulterior desarrollo.

Para terminar creo que debo mencionar el turismo como otra industria que el Ecuador puede explotar a corto plazo y con halagadores rendimientos no sólo inmediatos sino también mediatos, gracias al mayor contacto con el exterior que a través de él conseguiríamos.